Sección de Notas

DEFENSA DEL HUMANISMO OCCIDENTAL

De acuerdo con la vaguedad de las divisiones establecidas por la política internacional, aparentemente en el mundo moderno se enfrentan dos métodos de vida, consubstanciados en culturas disímiles: la oriental y la occidental. Largas disertaciones se han escrito sobre sus características diferenciales y, a la vez, inténtase precisar la esencia de la occidentalidad. Urge clarificarla, ahondar hasta sus últimas raíces y extraer de ella toda una oculta riqueza inexplorada. Y esto no lo conseguiremos con manifiestos, sino por intermedio de la educación y serena reflexión.

Un mal entendido liberalismo, y luego el positivismo, nos han desviado. Quisieron fijarnos exultatoriamente en lo presente, con ilusiones progresivas para el futuro. Se recluían en el concepto de civilización, exaltando al hombre técnico, inventor de comodidades. El positivismo cree que la educación es sólo un medio para asegurar una externa organización dentro de la cual el hombre sería materialmente feliz. Cosa de superficie, de ruidosa grandiosidad. El espíritu no contaba. América hispana, en la cual vive el autor de este artículo, sufrió su sugestión que, en parte, ya estamos superando. Pero todavía, de vez en cuando, incluso entre gente que se confiesa libremente culta, asoman pretensiones conexas con el positivismo que pueden malograr lo más noble y digno de todo ser humano, aunque lo menos aparente y visible: el espíritu.

¿Ha sido necesario el choque ambiciosamente imperialista entre dos mundos, para que despertemos y celosamente busquemos certificar el nuestro? Si el positivismo se hubiera adueñado del alma occidental, la lucha carecería de sentido, nos sentiríamos, con relación a aquello que es más nuestro, extraños, desarraigados, nacidos al azar en un mundo loco, gobernados por una máquina exacta y precisa. Por suerte, no fué sino racha pasajera; la mayoría de los hombres sienten, quieren y vigilan sus almas y no se satisfacen con ser animales bien nutridos. Se predica entre los intelectuales que aprecian su espíritu, la necesidad de ser cultos, más que civilizados; de ahondar en nuestro humanismo, para comprendernos.

Pero cultura indica un denso sentido de radicación; no es un conjunto de frases bien o mal comprendidas que se repiten. Es una vivencia; por tanto, algo que integra nuestro ser y que, por ende, esclarece al entendimiento, se quiere y se siente. Podemos atiborrar de conocimientos a nuestros estudiantes: idiomas modernos, disciplinas útiles y técnicas, pero todo ello quizá los roce sin tocarlos en el alma. No se comprenderán mejor ni se sentirán más hombres. Si no están dotados de una buena disposición natural, incluso todo este amontonamiento científico podría transformarlos en inhumanos. Hay universitarios, con retumbantes títulos académicos, completamente vacíos de espíritu. El doctor R. Roenlefs, profesor de la Escuela Técnica Superior de Delft (Holanda), afirmaba, a raíz de una triste experiencia, que la no apreciación razonable de valores y fines conducía a reprimir el ansia de especulación, pues la comunidad no está comprendida por académicos de conocimientos técnicos estrechamente limitados. Los agregados de centros exclusivamente especializados no saben qué hacer con su humanidad; los convirtieron simplemente en elementos útiles para una civilización.

¿Con qué derecho aquellos países que insistieron en formar esta clase de hombres, podrían esgrimir el emblema de una cultura occidental diferenciada de la oriental, si entendemos por esta última especialmente el comunismo? Es lo que hoy muchos nos preguntamos. Entre un tecnicismo exclusivo al servicio del físico bienestar y el materialismo convertido en filosofía organizadora del estado, no existe mayor diferencia. Por lo menos, no es tanta que justifique una escisión que podría decaer en lucha armada. Porque al comunismo no se le puede combatir simplemente por sus exigencias económicas, muchas de ellas razonables en principio, sino porque ataca algo que es más vital y más nuestro: lo que somos y sentimos, lo que estimamos y queremos legar a nuestros hijos, porque sabemos que en ello va nuestro espíritu.

Apena leer extensas disertaciones sobre Oriente y Occidente cuando el autor, por escasa formación, no comprende su occidentalidad; me atrevería a decir su latinidad. En la manera de usar el idioma, en la interpretación de conceptos fundamentales, en la argumentación que se utiliza, faltan aquel calor y tonalidad que sólo proporciona lo aprendido y simultáneamente incorporado. Carecieron de aquella educación que los hubiera ayudado a desarrollar las propias raíces. Manejan como extraños valores que les

deberían ser muy propios: el idioma, un estilo de vida, el arte y la común filosofía. En una palabra, les falta humanismo.

* * *

Para que una cultura se defienda vigorosamente y con convicción, debe estar incorporada a la propia vida. En primer lugar hay que darse cuenta de que en ella estamos y, por lo tanto, mantener la conciencia abierta a sus experiencias. La occidentalidad y la latinidad forman nuestro ambiente y acompañan, queramos o no, cada uno de nuestros pensamientos y palabras. Sin embargo, es demasiado frecuente que las utilicemos extensamente como si fueran un instrumento, del cual pudiéramos desprendernos a capricho.

Cada uno de nosotros somos sus hijos y su producto. Integra aquella porción de necesidad que acompaña a todo hombre, por el hecho de haber nacido en un país y una época determinados. Es dentro de estas condiciones que se mueve su propia libertad, pero jamás podrá evadirlas totalmente. Sería como querer escapar a lo que es. Nuestra alma viene a la existencia impregnada de antiquísimas esencias. Cuando pensamos en estos tesoros espirituales, lo primero que ocurre a la consideración es la latinidad. Rezumamos latinidad por todos los poros de nuestra alma.

Nuestro lenguaje, simbólica comunicación del pensamiento entre los hombres, es, en más del 90 por 100, latín; y lo restante, estructurado de acuerdo a sus leyes idiomáticas. Las palabras son signos, cada uno de ellos cargado de un sentido especial. Cásquense estas palabras, decía en expresiva frase si mal no recuerdo Ortega y Gasset, y aparecerá su raíz latina. Y con esta raíz, se nos aclara el contenido y el significado de las ideas. Recíbese la impresión de penetrar en el origen del idioma propio; se lo ve, desde su ingenua infancia impoluta hasta la hora actual, con los aditamentos que la evolución cultural ha ido acarreando.

A través del lenguaje, penetramos en la estructura del pensamiento. Nosotros vemos las cosas y las interpretamos, en gran parte como las vieron e interpretaron nuestros antepasados, gracias a que utilizamos sus mismas o semejantes palabras; pero en un continuo dinamismo cambiante, porque cada siglo ha realizado su aporte. Sin embargo, persiste tesoneramente una raíz sobre la cual se produce la evolución. Es justo, pues, afirmar de acuerdo con lo dicho, que no sólo hablamos en un latín transformado, sino que

pensamos también en latín. ¡Qué plenitud ocultan la dicción y el concepto, cuando se penetra en esta su intimidad! Entonces ya no es el lenguaje un simple instrumento que se utiliza bien o mal, casi siempre mal cuando no se realiza el esfuerzo de adentrarnos en su contenido, sino la comprensión que se logra de uno mismo: de nuestro espíritu, en cuanto es pensamiento, y de la palabra, su externa expresión.

¿Es que, dirá algún pedante, debemos dar las espaldas a lo presente para abismarnos en lo que fuímos y que permanece? No, todo lo contrario: es preciso mirar hacia el futuro, pero con firmeza y seguridad. Una cultura que se anquilosa, muere. Pero, también, para que viva y progrese, precisa saber lo que es y con qué cuenta. ¿Pretenderemos empezar de nuevo? Imposible; aunque destruyéramos la estructura que se nos ha entregado o transmitido, para reedificar no podríamos utilizar otros materiales que los residuos de nuestra insensata destrucción.

En todo manifiesto de exaltación de lo actual y repudio a la tradición latina, hay como una sublevación de los hijos contra los padres. Todavía esta comparación es insuficiente: se participa en la destrucción de una cultura, que somos nosotros mismos, mediante los medios mentales y expresivos que nos ha proporcionado esta misma cultura. Saturno se tragaba a sus propios hijos; pero, en los propósitos antihumanísticos, es una cultura que se consume a sí misma, sin poder suplir lo destruído. Como si se quisiera volver a la nada primitiva. Gracias a Dios estos intentos son imposibles. A los períodos de autoenajenación, encandilados por un falso progreso, sigue una intensa hambre espiritual. Y me parece que en América estamos pasando por este momento, luego de rectificar la exagerada desviación positivista.

* * *

Se rechaza frecuentemente un conjunto cultural, porque algunos aspectos desagradan. Pero o se los conoce mal o no se busca su adecuada interpretación en la totalidad, en cuyo caso ya parecerían menos irracionales. Por lo menos, se hallaría una explicación que apagaría los ánimos de aquella primera oposición. Hay personas que no saben oponer a lo que consideran fanatismo y obscurantismo otra cosa que no sea unos nuevos fanatismo y obscurantismo.

Muchos miran despectivamente al humanismo, porque lo consideran resabio clerical y les huele a medievo. Impregnados de

positivismo, materialismo o comunismo, denominan al último *dark age*, edad oscura; pero de esta edad oscura han nacido las modernas claridades. El latín decadente, cuando el idioma clásico se desintegraba y se originaban las lenguas romances, forma el más inmediato transfondo de nuestro ser cultural. Es lo más próximo a nuestro hablar y a nuestro pensamiento. Hay una ingratitud inconcebible hacia la Edad Media, germen fecundísimo de las modernas nacionalidades.

Nos transmitió modos gramaticales que son el armazón del idioma, una lógica, una concepción de la vida y una filosofía que continúan actuando en nosotros. Sin embargo, todo esto se ha querido sumir en el olvido. En algunas Facultades de Filosofía y Letras se la desconoce o se la explica apresuradamente en una síntesis despectiva. La cultura moderna para ellos se inicia en Descartes o en Kant; y, de hecho, ni a éstos entienden, porque si la cultura no se acepta como una estructura que se prolonga orgánicamente, falla incluso el adecuado conocimiento de los problemas que nos planteamos, cuando se desarticula la dinámica unidad.

Nuestra cultura no se detiene en la Edad Media y su interpretación del Cristianismo. El hombre occidental es más antiguo: hijo de Roma y de Grecia, es también la latinidad clásica y el helenismo. Así lo entendió el catolicismo, al incorporar un enorme caudal de interpretaciones y conceptos de pensadores griegos y romanos a sus explicaciones filosóficas y teológicas. Por muy poco hondo que raspemos en lo que constituye nuestro ser, nos encontraremos con todo este legado cultural. En realidad, somos sus hijos, su presente.

Lo menos que puede pedirse a una persona consciente de su ser, es que sepa, por lo menos, apreciar este legado. Equivale a escudriñar en su propia ascendencia; preocuparse de sus antepasados, que es lo mismo que ver los eslabones de una cadena, de la cual es el último. En esto se afinca el humanismo. No consiste en un barniz de buenos modales, en un trato más o menos agradable y en ejercer una profesión lucrativa que otorgue un puesto en la sociedad. Es humanista, y debería serlo en este sentido toda persona que se precia de culta y que haya seguido cursos universitarios, el que sabe cómo manejarse con conceptos universales. que domina el lenguaje, pues conoce su estructura, y que al pensar interpreta la conexión de sus pensamientos. El tal se ha palpado en su íntima humanidad. Y, al comprender su intimidad espiritual, se sentirá relacionado con los demás que serán prójimo

en el más elevado sentido; se verá trabajando en un mundo que nos comuniza espiritualmente.

No pedimos que sean todos especialistas en ciencias humanistas. Pero sí que no es concebible un especialista en cualquier disciplina que no participe en el humanismo. Al hombre no se le puede mutilar, para que sea una rueda o un engranaje en una enorme máquina que se denomina sociedad. Esto se practica en aquellas comunidades dominadas por concepciones materialistas, para las cuales el individuo no es sino porción de una totalidad sin matices y uniforme, carente de libertad e iniciativa, no en las que se predica una cultura espiritual. Occidente se precia de respetar al hombre; pero debe empezar por educarlo, para que sea hombre.

Podrían multiplicarse a favor de nuestra tesis las citas de directores de escuelas altamente especializadas. Diéronse cuenta que fracasaban como educadores, porque los egresados de las mismas fracasaban como hombres. Practicaron en la instrucción la estricta división material de trabajo que se lleva a cabo en muchas fábricas; una extremada especialización adversa a la integridad humana. Hipertrofiada una capacidad específica a cuyo servicio quedaban supeditadas todas las demás, desaparecía lo humano. Lo repito: esto es la negación de Occidente. Si no se reforman estos métodos, la defensa de la cultura carece de sentido, pues de hecho estamos renegando de nuestra íntima esencia cultural. Se lucharía únicamente por intereses materiales, como luchan por la mayor presa los irracionales, gobernados sólo por el instinto de conservación. Y ésta es una lucha imperialista, que no tiene corazón y justifica todos los medios, pues no la alumbra ningún fulgor espiritual.

Francamente, el hombre, que ante todo es espíritu, no vale la pena de que se sacrifique por economías, si ellas, por lo menos, no han de ser el soporte de su cultura y de su dignidad. Si se equiparan los fines, esto es, la rapacidad de dos tendencias igualmente imperialistas para obtener el control de la economía mundial, ¿para qué luchar? El humanista, el hombre que vive su cultura, porque la ve en sí mismo como una realización, es el único que da un sentido a la defensa de Occidente.—LUIS FARRÉ.

LEYENDO «EL CAMINO DE EL DORADO»

En la bronca historia de la conquista de América, bendita para unos, criminal para otros, pero que probablemente, vista sin pa-

sión, fué una mezcla inusitada de egregios esfuerzos y torpes desmanes, hay una figura, un hecho desconcertante: Lope de Aguirre y su rebelión contra Felipe II. ¿Qué significa Lope de Aguirre en la temprana América de 1560? Que en pleno siglo XVI, cuando el Imperio español era poderoso e indiscutido, un soldado vizcaíno, a fuerza de intriga y asesinatos, se alce con la expedición de Pedro de Ursúa al Dorado, y dirija su fuerza contra el Rey Felipe, contra sus Gobernadores en América, contra sus Oidores y Audiencias, es cosa que parece increíble. Lope de Aguirre estaba loco, se ha dicho. (Su ficha médica parece ser «delirio de reivindicación» (1). Pero en verdad esta locura no nos explica casi nada. Siempre queda la expedición fabulosa, su crueldad incesante, su vesania misma en acción y, sobre todo, la intención del caudillejo, que con más o menos corazón, fué secundada por toda una tropa de curtidos soldados. Tampoco se trata de un hecho mínimo, una rebelión, pura rebelión de soldados, que se paga con la cabeza, o un acto como el de Cortés, que, una vez cometido, se intenta legalizar a toda costa. No, Lope de Aguirre llevaba una idea, más aún, como guerrero americano muy pagado de sus hazañas, sufría una humillación, y hoy, que lo vemos distante, nos parece un símbolo y una profecía. Pese a sus crímenes, Lope de Aguirre es un pergeño anticipado de la Independencia, sin ideas liberales naturales, o por lo menos, sin ideas liberales modernas; basta que sea un hombre de América (no importa su pasado peninsular), que cree tener derecho a disfrutar de su América y a mandar en ella, y a quien la política real le subleva: aquellos frailes y aquellos doctorcillos que el Rey enviaba a gobernar en América, le parecen intrusos. Por eso se levanta en armas, aunque no ignora—la fecha no le permitía otra cosa—que está «traicionando» a su Rey. La injusticia de ver todo el gobierno en manos de peninsulares leguleyos—Aguirre en su carta al Rey habla ya de «chapetones»—, mientras ellos, los conquistadores, los que han luchado arrostrando la muerte y mil penalidades, son olvidados a la hora del botín, le hace sobreponerse a toda idea de legalidad. Su cojera, fruto de un combate, matiza seguramente este resentimiento, que muchos otros padecieron. Pero a la vez, con su ambición de mando, con su despotismo y arbitrariedad, con su ningún escrúpulo ante los procedimientos, Lope de Aguirre preanuncia ya al dictador americano, al ambicioso de poder personal, a aquellos que Arguedas llamaría «los cau-

---

(1) Según el Dr. PARDAL. Véase E. JOS: *Ciencia y osadía sobre* LOPE DE AGUIRRE *el peregrino*, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, Sevilla, 1950.

dillos bárbaros», acaso con algún rasgo más moderno, de más compleja psicología.

Emiliano Jos, que hace ya algún tiempo estudió la figura de Lope de Aguirre (2), nos dice cómo éste es una consecuencia de las guerras civiles del Perú—en las que intervino—, guerras que al decir de Riva-Agüero tuvieron un carácter marcadamente feudal, con los encomenderos por señores, y en las que ya hubo una comezón de independencia, que explica el acto posterior del «Fuerte Caudillo de los Marañones» (apelativo que se dió a sí mismo).

Acabo de leer un libro dedicado a contar la historia de este hombre extraordinario: «El camino de El Dorado», de Uslar Pietri, fechado en 1947 (3). Un buen libro, magníficamente escrito por delante. No es un libro de crítica histórica, como el de Jos, sino más bien una novela, una interpretación viva del personaje y su ambiente, tan vigorosamente pintado, que nos transmite una impresión molesta, la misma acaso que experimentaron los rudos soldados de Ursúa, a los que Lope de Aguirre invitaba a la conspiración: «Conocían al hombre menudo, seco, de apariencia nerviosa, de ojos pequeños sumidos y móviles, la barba canosa y descuidada y muy inquietas las manos. Estaba cubierto de armas, llevaba puesto el peto, la espada y dos puñales. Adelantó unos pasos cojeando visiblemente y riendo con una risa cortada y seca que parecía una tos. Los hombres no pudieron dejar de sentir una impresión de inquietud y desagrado» (p. 41). Uslar-Pietri insiste varias veces en este aspecto repulsivo de Lope de Aguirre: «Salduendo era hombre rudo y curtido en luchas, aventuras y muertes, pero, desde que lo conoció la primera vez, la presencia de Aguirre le producía cierto curioso malestar. Respiraba con alivio cuando se alejaba de él. Esa misma sensación producía en otros muchos el hombrecillo enteco, inquieto y parlanchín» (p. 48). Dos páginas después, cuando Antoñico, el paje, se ha ido de la lengua, Uslar-Pietri escribe: «Ya se oía de nuevo la agria vocecilla:

—Antoñico, Antoñico, ¿cuándo aprenderás a tener seso? Nunca acabarás de aprender que la lengua es la peor parte del cuerpo, y la primera que echan afuera los agarrotados.

Custodio Hernández comenzó a reír estúpidamente.

—¿Qué te pasa, hijo mío?—preguntó Aguirre con una terrible luz en los ojos—. ¿Has visto alguno con las posaderas al aire o te has visto tu propia cara?

---

(2) E. Jos: *La expedición de* Ursúa *al Dorado y la rebelión de* Lope de Aguirre, Huesca, 1927.

(3) Ed. Losada: Buenos Aires.

«La risa se cortó en seco» (p. 50). Con esto tenemos ya una imagen muy expresiva del personaje. Ahora lo veremos actuar. Lo curioso es que desde el principio, cuando no era más que simple soldado en la expedición de Ursúa, Lope de Aguirre llevaba ya su guardia personal, su grupito de hombres fieles, que Uslar-Pietri nos describe. Y su movilidad, su figurilla inquieta, que está en todas partes y parece no necesitar el descanso. No resisto a copiar otra escena, en que Uslar-Pietri magistralmente nos presenta este nuevo escorzo del personaje: «Tan sólo Saldueño conservaba los ojos entreabiertos y no se atrevía a rendirse al sueño. Parecía querer esperar a que Aguirre se tendiese y durmiese. Pero cuando al fin no pudo más y cerró los ojos, todavía el hombre caminaba cojeando y daba vueltas a la fogata hablando entre dientes, y cuando a media noche se despertó, lo vió sentado sobre una piedra con el arcabuz atravesado en las piernas, y al levantarse por la madrugada lo encontró de pie atizando las brasas. Salduendo se persignó instintivamente» (p. 51). Otro rasgo notabilísimo de Aguirre, o por lo menos del Aguirre de Uslar-Pietri, es el continuo uso del refranero: «¿Volverse al Perú? No andan mal encaminados. A su tiempo vienen las uvas; a la hija muda, su madre la entiende, y a quien quiera bailar, poco son le es menester» (p. 77). Una enorme sorpresa y curiosidad nos causa encontrar estas expresiones en boca de Lope de Aguirre, expresiones que creíamos familiares y bonachonas por habérselas oído al bueno y pacífico Sancho Panza. La tranquila sabiduría del buen escudero, y la violenta inquietud de Lope de Aguirre pertenecen a la misma cultura, usan los mismos términos. Haz y envés de una sola España.

Después del asesinato de Ursúa, y de Vargas, su segundo, la proclamación como Príncipe de D. Fernando de Guzmán parece pura comedia, como dice Uslar-Pietri «un entremés». Sin embargo, esta proclamación, presentada por Uslar-Pietri como un golpe de audacia y autoridad sobre el campamento, pero que en realidad, como demuestra Jos, tuvo tanto de esto como de intriga y mala fe, es literalmente la primer acta de independencia americana: «... es necesario, forzosamente, que todos nos desnaturalicemos de los Reinos de España donde nacimos, y neguemos la obediencia al Rey don Felipe, señor de ella...» (p. 131). Uslar-Pietri acierta a pintar la sensación que estas palabras de Aguirre produjeron en el auditorio: «La impresión fué profunda. Ya no eran palabras, eran visiones las que pasaban ante los absortos ojos de aquellos hombres zarandeados en las más profundas fibras de su

sentimiento y de su ser. Era la Majestad del rey bajo la que habían nacido y que se confundía para ellos con la bendición de Dios. Era la visión de sus pueblos, en un rincón de España, como cubiertos y arrasados por un fuego de maldición. Eran sus padres, sus barcos, sus caballos, sus canciones, borrados y ennegrecidos de pronto por una azufrada bocanada de infierno. Muchos cerraron los ojos y se persignaron» (p. 131). Por cierto que la justicia de D. Fernando como flamante Rey, es justamente la contraria de Sancho Panza como Gobernador de la Insula: un soldado se acerca a don Fernando a pedirle la mujer y la hacienda de un vecino rico que quedó en el Cuzco, y D. Fernando, con mucho tratamiento de Vuestra Merced, se la concede. «Las peticiones iban todas a lo mismo. Eran la forma concreta de las imaginaciones de aquellos hombres mozos y sufridos, que soñaban con las mujeres, las riquezas y las comodidades que no tenían, y que habían entrevisto, al azar de sus vidas aventureras, en alguna ciudad de las Indias» (p. 137).

La realeza de D. Fernando de Guzmán no cortó la racha de asesinatos y al cabo murió él también asesinado. Veamos a Aguirre en esta su ocupación favorita (un grupo armado ha entrado en la tienda del Príncipe a asesinar a Salduendo): «Por entre el grupo distinguían a Aguirre, que, como un loco, acuchillaba y pateaba el cuerpo inerte de Salduendo y gritaba sin cesar con su penetrante voz:

—¡Muere! ¡Muere, traidorcillo! ¡A él, mis hijos! ¡Toma! Y no es bastante, ¡perro!

Cuando pareció calmarse estaba cubierto de sangre de pies y manos, el morrión se le había caído y todo el cuerpo le temblaba (p. 147-148). Es notable que este hombre que se sabe traidor a Felipe II, cosa que le parece la única digna que puede hacerse en América (véanse sus cartas), tiene por esto mismo una obsesión enorme de ser traicionado, que es el origen de todos sus crímenes, aunque en ellos satisfaga una propensión morbosa de su naturaleza. Cuando no mata él mismo, sus órdenes son expeditivas. Antón Llamoso, el hombretón fiel, hace de verdugo diligente. Uslar-Pietri en una pincelada nos lo retrata cuando acaba de cumplir la orden de asesinar a doña Isabel de Atienza, la refinada belleza que en mala hora Ursúa incluyó en su expedición: «Llamoso se detuvo, aflojó la mano y dejó caer el cuerpo muerto, sin ruido. Limpió el cuchillo y se dirigió a las arcas de madera, que empezó a registrar sin prisa. Iba amontonando en el suelo las sayas de seda, los corpiños de colores, un espejo de plata.

Un pequeño pomo se le derramó en las manos. Un dulce olor

que nunca había sentido le brotaba de las manos humedecidas y llenaba toda la estancia. Era como la presencia de una gracia invisible. El hombretón se detuvo sorprendido, después cerró los párpados y aspiró profundamente aquella fragancia que no se parecía a nada en su vida» (p. 149).

Después del asesinato de D. Fernando y los suyos—«La matanza»—comienza la jornada de los marañones y el abandono de la búsqueda de El Dorado, con gran contrariedad de los soldados. Aguirre tiene ya su plan: irá a la isla Margarita, para desde allí volver al Perú, a conquistarlo. El dar remate a una expedición como ésta es extraordinario, pero en verdad, de hazañas de este calibre está llena la historia de la Conquista. Lo que es notabilísimo para estudiar el carácter de Aguirre es su conducta en la Margarita, cómo por astucia hace preso al confiado Gobernador y la forma peculiarísima en que más tarde le da muerte. (Asegura solemnemente a los cinco detenidos más importantes que nada les pasará, y a continuación, después de poner en libertad a todos los demás, les da garrote; después de lo cual ordena detener de nuevo a los que acaba de poner en libertad.) Allí, en la Margarita, inventó su bandera: dos espadas rojas sobre fondo negro, y con ellas hizo un desfile, que aprovecha Uslar-Pietri para darnos otra faceta de Aguirre: «De pronto, la marcha se interrumpió. Aguirre miraba hacia sus pies fijamente. Era un naipe caído entre el polvo, abandonado por un chico o perdido por un viandante. Era el rey de espadas. Sus rubias barbas, su corona amarilla, su veste roja, su azul espada firme en la mano, se destacaban entre la tierra parda.

—Y dale con el rey—bramó Aguirre, y sin cuidarse más de lo que iba haciendo, ni de quienes lo veían, comenzó a patear el naipe y a escupirlo, vociferando blasfemias e injurias.

—Felipillo, ¡válete o que te valgan los tuyos sin son hombres! Bueno estás para rey de baraja o mojiganga. Rufo y sayón.

Y saltaba y giraba como un poseso, mientras todos los contemplaban horrorizados.

De pronto pareció comprender lo que estaba haciendo y dominarse al punto. Miró sonriendo a todos los lados y prosiguió el camino. Ahora se le notaba más la cojera» (p. 208-209).

En la Margarita le comienzan a desertar los hombres. De nada sirve que Aguirre les muestre los cadáveres del Gobernador Villadrando y sus compañeros, al mismo tiempo que les dice que la justicia española no tendrá compasión con ellos; la deserción continúa, los hombres están hartos de crímenes. (La justicia española

fué comprensiva y perdonó, y a esto debemos el rápido fin de Aguirre y documentación abundante sobre los sucesos de los marañones.)

Después Aguirre pasa a Tierra Firme y realiza aquel esfuerzo, que le pone en trance de morir y que impresiona—fugaz gloria—a sus desmoralizados marañones: «—¿Ya no tenéis voluntad, marañones? ¿Ya queréis abandonar a vuestro caudillo? Mirad, hijos míos, lo que hace este viejo.»

Y doblándose, recogió algunos pertrechos y un hato de ropas y se los puso sobre el hombro.

Comenzó a marchar erguidamente. Los ojos le habían enrojecido más y la piel la tenía más pálida. En su esfuerzo casi no arrastraba la pierna coja.

Más adelante encontró un escaupil y lo recogió también. El bulto de su carga se bamboleaba, desmesurado, sobre su menuda figura. Iba pasando los lentos grupos que se desplazaban con pesadez.

Sentía una mezcla de desesperación y de orgullo. Aquellos hombres no eran como él. Era sólo el que todo lo podía y el que todo debía hacerlo. Seguir adelante, hacer la guerra y llevarlos a rastras como sombras. Era como si fuera solo. Había un arcabuz en el suelo y se dobló a recogerlo, para ponerlo cruzado bajo el inflamado conjunto que llevaba sobre la espalda. La impresión de aquel esfurzo loco parecía reanimar a los soldados. La marcha se había hecho un poco más lenta. Ya los más fatigados no se atrevían a arrojar los hatos. Miraban fijamente la endeble figura que avanzaba silenciosa» (p. 268).

Y allí en Tierra Firme escribió su famosa carta al rey Felipe, uno de los documentos más apasionantes de nuestro siglo XVI: *«Mira, mira, rey español, que no seas cruel a tus vasallos, ni ingrato, pues estando tu padre y tú en los reinos de Castilla sin ninguna zozobra, te han dado tus vasallos, a costa de su sangre y hacienda, tantos reinos y señoríos como en estas partes tienes» (p. 275-276). (La carta al rey, así como las otras dos que Aguirre escribió al Provincial y al Gobernador Collado, fueron publicadas por Jos en 1927. Merecen leerse. Revelan un espíritu vivo, inteligente y socarrón. Y explican toda su sangrienta aventura.)*

Abandonado por todos, después de asesinar a su hija—suceso final que recogió Valle-Inclán en «Tirano Banderas»—, muere con gran presencia de ánimo: «Suena un disparo. Le da en el brazo:

—Este es malo—dice con desprecio e ira.

Suena otro. El mundo se le va. Mientras cae, murmura:

—Este sí es bueno...» (p. 314-315).

Con «El camino de El Dorado», Lope de Aguirre ha entrado espléndidamente en la gran literatura de creación. Y como siempre ocurre en estos casos, la obra de arte nos recrea el espíritu y nos sirve además de agudo instrumento de conocimiento.—ALBERTO GIL NOVALES.

CUARENTA AÑOS DE «SURREALISME» FRANCES

Por estas fechas y en curiosa coincidencia cronológica se cumple el 60 aniversario del nacimiento de dos poetas cuya elucubración lírica casi conjunta provocó la más extensa subversión estética de nuestros tiempos: André Breton y Tristán Tzara, instigadores y piedras clave de movimientos tan afines como el surrealismo y el «Dadá». Casualidad que, en nuestro caso, se une a otra muy feliz y oportuna: la de la lectura de un libro, «El surrealismo francés», original de Juan Roger, y que es un compendio de esas posturas o reacciones estéticas.

Acaso podría definirse el surrealismo como un precipitado producido por la mezcla de la doctrina de Freud con el ácido de ciertos poetas de humor trágico. Bajo su influencia, la poesía se transforma—cuando no en una simple aprehensión de lo inmediato—en una verdadera actividad metapsíquica, que comporta la práctica de la «palabra interior» en la semi-consciencia, la investigación en torno al sueño y a sus intercambios con la vigilia, la hipnosis, el ejercicio de la escritura automática, la revelación de tipo ocultista, la frecuentación de la demencia, etc. (No olvidemos que Aragon y Breton eran psiquíatras). Es difícil discernir qué parte de superchería y de mixtificación existe en las manifestaciones del surrealismo, pero es evidente la extensa resonancia de este movimiento, así como su honda influencia en las corrientes estéticas actuales.

Las huellas del surrealismo, su marca, sus hallazgos, sus logros positivos, son indiscutibles. Por su medio, la literatura y el arte modernos han conseguido insertar lo insólito en la más familiar realidad. De un modo general, el surrealismo ha favorecido todas las corrientes modernas que tienden a hacer aparecer el inconsciente en la vida, que pretenden instaurar el dominio de lo irracional, etc. Peligrosos caminos, en gran parte ya traspuestos o eludidos, pero cuya utilidad en los campos agostados de la estética es evidente.

Juan Roger, en este libro que ahora comentamos, considera el surrealismo como un movimiento perteneciente a la historia y como tal lo enjuicia y estudia, tanto desde el punto de vista estrictamente literario como en sus consecuentes proyecciones: la social, la política e, incluso, la filosófica. El libro de Roger se divide en cuatro partes, de desigual extensión. La primera de ellas, que es la más vasta, expone con clara visión y exactitud la historia del surrealismo a través de sus hechos, de sus revistas y sus facciones diversas. Como preámbulo, nos presenta Roger a los más destacados precursores históricos del surrealismo, desde el «humour noir» de Jonathan Swift hasta la violenta y decisiva revulsión poética de Arthur Rimbaud, pasando por las respectivas personalidades del marqués de Sade, de Lichtemberg, de Thomas de Quincey, de Poe, de Villiers de l'Isle Adam, de Leautréamont, etcétera, todos ellos acatados y ensalzados por el surrealismo. Inmediatamente estudia Juan Roger la aparición del movimiento «Dada», nacido en una cervecería de Zurich (1915), de manos de Tristán Tzara y Hans Arp. El dadaísmo, purificador oreo en principio, cayó pronto en una rígida monotonía, en un arbitrario actuar, hasta que André Breton («El papa del surrealismo»), partiendo de las ruinas de «Dada», da vida a una corriente más constructiva y sólida: el surrealismo (1922). Los difíciles comienzos de la nueva tendencia, el famoso manifiesto de Breton, la aparición de revistas como «Littérature», «Révolution Surrealiste», etcétera, son presentados minuciosamente por Roger, que a continuación pasa a estudiar y relacionar los hechos que provocaron (1925-1926) lo que él llama la «crisis política del surrealismo»: su parcial afiliación al comunismo, sus divergencias con éste, la influencia del grupo de «Clairté», el segundo manifiesto de Breton, la deserción de Aragon y de Eluard, la llegada de Dalí al campo de la nueva estética y otras muchas facetas históricas del movimiento.

Esta parte del libro de Roger, principalmente abocado al estudio de las relaciones y actividades políticas del surrealismo, concluye con estas palabras del autor, tan expresivas: «... el papel histórico del surrealismo ha demostrado la imposibilidad de mezclar la poética a la actuación revolucionaria propiamente dicha. Repetidas veces los surrealistas lo han intentado y siempre en vano. Unos, como Breton, han tenido que abandonar el partido con el fin de conservar su libertad intelectual ante las exigencias políticas. Otros, como Aragón, se han convertido al comunismo y solamente han conservado del surrealismo el estilo

metafórico, la elipse, la concisión oscura. Pero el problema que se planteó o se plantea en todos los países totalitarios, Rusia, Italia, Alemania, por ejemplo, de la libertad de expresión poética frente a la disciplina cultural, no ha podido resolverse, y en mi opinión no se resolverá».

La segunda parte de «El surrealismo francés» se destina al resumido estudio de los principios, las técnicas y los medios utilizados por el movimiento surrealista. Partiendo del supuesto, bien lógico, sostenido por Monnerot, de que el surrealismo es una especie de «sérieux à rebours», y de que su punto de partida es una no aceptación de lo que la vida les ofrecía, psicológica y moralmente, Juan Roger nos habla de la inclinación hacia el ocultismo, hacia lo preternatural, del movimiento de Breton, pese a su oposición a cualquier tradición religiosa; nos presenta la exaltación surrealista de los valores mágicos de la poesía, la profunda unión del movimiento con el mecanismo de lo fantástico y otros aspectos no menos significativos de la estética.

Después del examen de los principios del surrealismo, Roger considera sus técnicas y métodos estilísticos más caracterizados, como son la división de imágenes, el llamado «humour noir», el examen de los signos y los sueños, la utilización de la escritura automática, etc., y hace una breve incursión por el campo de la pintura para analizar los elementos de alucinación que el surrealismo introduce en ella, concluyendo este capítulo con la mención de la costumbre surrealista de crear «objetos» o de señalarlos como marcados por su signo.

La cuarta parte de «El surrealismo francés» es un sucinto resumen del mismo en el que Juan Roger establece las conclusiones generales de su estudio, analizando las aportaciones, los hallazgos y los errores del surrealismo. Concluye el autor su excelente trabajo—en gran parte por la «Historia del surrealismo», de Maurice Nadeau—proporcionando una nutrida bibliografía que constituye la cuarta parte del volumen y en la que se incluyen la relación de los principales escritores surrealistas con sus obras, la relación de las revistas del movimiento y una bibliografía general.

«El surrealismo francés» es, pues una clara síntesis de numerosos trabajos foráneos sobre el tema a la que se une el personal y sólido enjuiciamiento de Juan Roger, establecido con perspectiva histórica y firmes convicciones, pero sin desviarse de una ejemplar objetividad expositiva, lograda con un estilo diáfano y riguroso.—ENRIQUE SORDO.